

Memorial de Aires



Joaquim Maria Machado de Assis

Memorial de Aires, que publica la UNAM a través de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural, fue el último relato que escribió Machado de Assis, quien falleció un mes después de su publicación, en septiembre de 1908. Sale a la luz por primera vez en español en una versión de Antelma Cisneros, una espléndida traductora que obtuvo para dicho proyecto la beca de traducción literaria del FONCA. Sin duda, en su intento le sirvió de guía la versión al español de Memorias póstumas de Blas Cubas, de Antonio Alatorre, trabajo único de recuperación de un estilo castizo y coloquial, que va desdoblándose en capas, hasta revelar a un narrador cínico en sus juicios y a un autor extremadamente crítico ante las expectativas futuras de la sociedad en que vive.

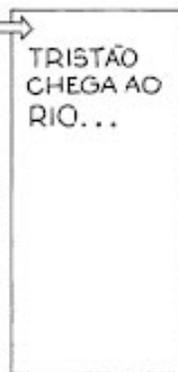
El libro es, como lo indica su título, un memorial, en la acepción de diario personal, ya que en portugués, el memorial puede ser un informe relacionado con las funciones de quien lo escribe respecto a una actividad determinada. El autor de Memorias póstumas de Blas Cubas sopesó, por lo tanto, la distancia semántica entre “memoria”, “diario” y “memorial”. El diario del consejero Aires, diplomático jubilado, comienza en enero de 1888, a un año de su regreso a Brasil, y termina en una fecha no precisa, por agosto de 1889. Finaliza no porque Aires haya muerto, sino porque presumiblemente éste ya no tiene nada que informar, ya cumplió con el propósito del memorial. Por lo tanto, la obra comparte con el lector su alcance como diario, como informe, como reporte en forma de diario, sobre un tema explícito, objeto de la apuesta: ¿será la viuda Fidelia, joven, hermosa y rica, fiel a la memoria del marido? La minuciosa observación “de campo” sobre lo que ve y oye de la propia Fidelia, sobre las apariencias que mantienen las personas, será aquello que comparta con el lector, dejándole a éste la mayor parte de las conclusiones, como en un informe, un memorial en idioma portugués, cuando se le deja la calificación a la autoridad a la cual está destinado. (Valquiria Wey)

Você deve aproveitar todos os espaços em branco para escrever o texto desta história em quadrinhos.

MEMORIAL DE AIRES



Machado de Assis



25 de enero

Fui ayer a las bodas de plata. Veamos si puedo resumir ahora mis impresiones de la noche.

No podían ser mejores. La primera de ellas fue la unión del matrimonio. Sé que no se puede juzgar por una fiesta de algunas horas la situación moral de dos personas. Naturalmente, la ocasión aviva la memoria de los tiempos idos y el cariño de los otros como que ayuda a ampliar la misma. Pero no es nada de eso. Hay en ellos algo que va más allá de la conmemoración y algo diferente a la alegría ajena. Sentí que ahí los años habían reforzado y depurado la naturaleza, y que las dos personas eran, finalmente, una sola y única. No sentí, no podía sentir esto en cuanto entré, sino al concluir la noche.

Aguiar vino a recibirme a la puerta de la sala —yo diría que con la intención de abrazarme, si pudiese en tal lugar; pero la mano cumplió el propósito apretando la mía efusivamente. Es un hombre de sesenta años cumplidos (ella tiene

cincuenta), cuerpo más bien lleno que magro, ágil, ameno y risueño. Me condujo hasta su mujer, a un lado de la sala, donde ella conversaba con dos amigas. No era nueva, para mí, la simpatía de la buena vieja, pero esta vez, el motivo de la fiesta y el tenor de mi saludo, le daban a la expresión de su rostro algo que bien se puede calificar de radiante. Me extendió la mano, me escuchó e inclinó la cabeza, mirando de soslayo al marido.

Me sentí objeto de las atenciones de ambos. Rita llegó poco después de mí; fueron llegando otros hombres y señoras, todos conocidos míos, y vi que eran familiares de los de la casa. En medio de la conversación, oí estas palabras inesperadas a una señora, que decía a otra:

—No sea que Fidelia haya empeorado.

—¿Va a venir? —preguntó la otra.

—Mandó decir que vendría. Está mejor, pero tal vez le haga mal.

Lo que las dos agregaron con relación a la

Acompañamos este fragmento del *Memorial de Aires* con la reproducción de una historieta alusiva, publicada en una edición brasileña del mismo libro.

viuda fue bueno. Apenas escuché lo que me decía uno de los invitados, sin prestar más atención al asunto, pero guardando la compostura. Ya próxima la hora de la cena, supuse que Fidelity no vendría, suposición equivocada. Fidelity y el tío fueron los últimos en llegar, pero llegaron. El alborozo con el que doña Carmen la recibió mostraba bien la alegría de verla ahí, aún convaleciente y a pesar del riesgo de volver noche. El placer de ambas fue grande.

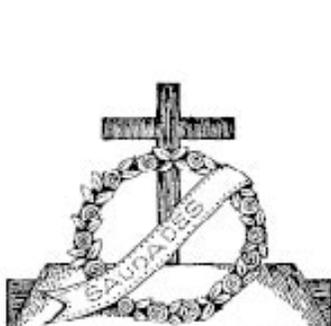
Fidelity no dejó completamente el luto; traía en las orejas dos corales, y el medallón con el retrato del marido al pecho era de oro. El vestido y los adornos oscuros. Las joyas y un ramito de miosotis al cinto eran tal vez en atención a la amiga. Por la mañana le había enviado una tarjeta de felicitación, acompañada de un pequeño florero de porcelana, que estaba encima de un mueble con otros regalitos de aniversario.

Al verla ahora, no la encontré menos apetecible que en el cementerio, y que hace tiempo, en casa de mi hermana Rita, ni tampoco menos atractiva. Parece torneada, sin que este vocablo dé la idea de rigidez; al contrario, es flexible. Sólo quiero hacer alusión a lo perfecto de las líneas; me refiero a las líneas visibles, las restantes se adi-

vinan y se prometen. Posee una piel suave y clara, con unos tonos rojizos en la faz, que no le quedan mal a la viudez. Fue lo que de inmediato noté a su llegada, luego los ojos y los cabellos negros; lo demás fue apareciendo a lo largo de la noche, hasta que se fue. No era necesario más para completar una figura interesante en los gestos y en la conversación. Después de algunos instantes de examen, he aquí lo que pensé de la persona. Y no pensé en prosa, sino en verso, y un verso justamente de Shelley, que había releído días antes en casa, como ya lo había mencionado antes, sacado de una de sus estancias de 1821: *I can give not what men call love.*

Así me dije en inglés, pero luego repetí en nuestra prosa la confesión del poeta, con un broche de mi autoría: "yo no puedo dar lo que los hombres llaman amor... ¡y es una pena!"

Esta confesión no me puso menos alegre. Así, cuando doña Carmen vino a tomarme del brazo, la seguí como si fuese a una cena nupcial. Aguiar dio el brazo a Fidelity, y se sentó entre ella y su mujer. Escribo estas minucias sin más necesidad que la de decir que los dos cónyuges, uno al lado del otro, quedaron flanqueados por la amiga Fidelity y por mí. De esta manera, pudimos oír





latir el corazón a dúo —hipérbole permitida para decir que en ambos, en mí por lo menos, repercutía la felicidad de aquellos veinticinco años de paz y consolución.

La dueña de la casa, afable, afectuosa, encantadora con todos, parecía realmente feliz en aquella fecha; no menos que el marido. Tal vez él fuese aún más feliz que ella, pero no sabía mostrarlo tanto. Doña Carmen posee el don de hablar y vivir en todos los aspectos, y un poder de atraer a las personas como habré visto en pocas mujeres o muy raras. Sus cabellos blancos, recogidos con arte y gusto, le dan a la vejez un realce particular y hacen juntar en ella todas las edades; no sé si me explico bien, ni es necesario decirlo mejor para el fuego al que lanzaré un día estas hojas de solitario.

De vez en cuando, ella y el marido intercambiaban sus impresiones con los ojos y puede ser que también con el habla. Una sola vez la impresión visual fue melancólica. Más tarde oí la explicación a mi hermana Rita. Uno de los convidados —siempre hay indiscretos— en el brindis que les hizo aludió a la falta de hijos, diciendo

“que Dios se los negara para que ellos se amaran mejor entre sí”. No lo dijo en verso, pero la idea soportaría el metro y la rima, que el autor tal vez hubiera cultivado cuando joven; ahora andaba cerca de los cincuenta años y tenía un hijo. Oyendo aquella referencia, los dos se vieron tristes, pero luego trataron de reír, y sonrieron. Mi hermana Rita me dijo después que ésa era la única herida del matrimonio. Creo que Fidelity también se dio cuenta de la expresión de tristeza de los dos, porque la vi inclinarse hacia ella con un movimiento de la copa y brindar por doña Carmen, llena de gracia y ternura:

—Por su felicidad.

La esposa de Aguiar, conmovida, apenas pudo responder en seguida con un movimiento de cabeza; sólo instantes después de llevarse la copa a los labios, agregó, con voz casi inaudible, como si le costara salir del corazón apretado, esta palabra de agradecimiento:

—Gracias.

Todo fue así, en secreto, casi callado. El marido aceptó su parte del brindis, un poco más

expansivo, y la cena acabó sin otro indicio de melancolía.

Por la noche vinieron más visitas; se tocó, tres o cuatro personas jugaron cartas. Yo me dejé estar en la sala, mirando aquella parte de hombres alegres y de mujeres verdes y maduras, imperando sobre todas, por el aspecto particular de la vejez, doña Carmen, y por la gracia apetitosa de la mocedad, Fidelia. Pero la gracia de ésta traía aún la marca de la viudez reciente, digo, de dos años. Shelley continuaba murmurando a mi oído para que me repitiese a mí mismo: *I can give not what men call love.*

Cuando le comenté esta impresión a Rita, dijo que eran disculpas de un mal perdedor; es decir, que yo, temiendo no poder vencer la resistencia de la joven, me declaraba incapaz de amar. Y de aquí se agarró para hacer nuevamente la apología del amor conyugal de Fidelia:

—Todas las personas, propias y extrañas, que fueron testigos —continuó— pueden decirte lo que fue aquel matrimonio. Basta saber que se unieron, como ya te dije, contra la voluntad de los dos padres, y maldecidos por ambos. Doña Carmen ha sido confidente de la amiga y no repite lo que oye por discreta, sólo resume lo que puede, con palabras de afirmación y de admiración. Las he oído muchas veces. A mí misma Fidelia me cuenta algo. Conversa con el tío... mira, él que te hable también de los Aguiar...

En este punto interrumpí:

—Por lo que oigo, mientras yo andaba fuera representando a Brasil, Brasil se convertía en el seno de Abraham. Tú, el matrimonio Aguiar, el matrimonio Noroña, todos los matrimonios en suma, se convertían en modelos de felicidad perpetua.

—Pues pídele al juez que te lo diga todo.

—Otra impresión que me llevo de esta casa y de esta noche es que las dos damas, la casada y la viuda, parecen amarse como madre e hija, ¿no es así?

—Creo que sí.

—¿La viuda tampoco tiene hijos?

—Tampoco. Es un punto de unión.

—Hay un punto de diferencia: la viudez de Fidelia.

—Eso no. La viudez de Fidelia coincide con la vejez de doña Carmen; pero si crees que es una diferencia, está en tus manos arreglarlo,

arranca la viuda a la viudez, si puedes; pero no puedes, repito.

Mi hermana no acostumbra decir chistes, pero cuando le sale alguno, tiene gracia. Fue lo que le dije entonces, al subirla al carro que la llevó a Andaraí, mientras yo me vine a pie a Catete. Se me olvidó decir que la casa de los Aguiar está en la playa de Flamengo, al fondo de un pequeño jardín, casa vieja pero firme. ①

